

Una vida propia

Adelina Moya Valgañon

“Os propongo, por tanto, haciendo uso de todas las libertades y licencias de una novelista, contaros la historia de los dos días que han precedido a esta conferencia; contaros como, abrumada por el peso que habéis soltado sobre mis hombros, lo he meditado e incorporado a mi vida cotidiana. Huelga decir que cuanto voy a describir carece de existencia; Oxbridge es una invención; lo mismo Fernham; “yo” no es más que un término práctico que se refiere a alguien sin existencia real. Manarán mentiras de mis labios, pero quizá un poco de verdad se halle entre ellas; os corresponde a vosotras buscar la verdad y decidir si algún trozo merece conservarse” (pag.7)

La primera vez que leí “Una habitación propia” de Virginia Woolf fue en 1985, para preparar una charla sobre mujeres artistas. “Una habitación propia”, pese a sus cerca de cincuenta años, era lo más interesante que pude consultar. Han pasado casi otros treinta años y sigo descubriendo cosas que me admiran, como ocurre, en efecto, con los clásicos: su soterrada ironía, su manera de deslizarse entre ficción y realidad, su verdadero esfuerzo y, a la vez, fruición... Logra combinar múltiples razones sobre la imposibilidad de ser mujer escritora con la posibilidad contemporánea de serlo. Y lo logra, además, realizando la obra de arte que es, para mí, “Una habitación propia”.

Cuando la publicó en 1929, su autora, que pertenecía a una familia burguesa de intelectuales y artistas en la Inglaterra victoriana, había escrito un número importante de novelas, como “Fin de viaje”, “Al faro” u “Orlando: una biografía”. Novelista de éxito, y escritora desde muy joven, arrastraba la frustración de no haber podido estudiar en la Universidad de Cambridge como sus hermanos (se educó en casa). De manera que alguna de sus frases resonantes, como la maldición a una “sagrada” biblioteca, o aquella en que el “yo” ficticio reivindica la libertad de su mente, resuenan como una verdadera catarsis. Pero al mismo tiempo, impregna todo el texto una burla continua hacia el dudoso prestigio de lo intelectual, que resulta muy saludable.

En “Una habitación propia” globalmente considerada, encontramos buen número de los principales elementos de una muy desarrollada teoría crítica feminista, escribió Michèle Barret en “Las mujeres y la literatura” (1981). Porque, ciertamente, de lo que aquí se trata es de analizar la relación entre las mujeres y la novela en el contexto inglés-

patriarcal donde surgió el genio de William Shakespeare. Y de mostrar cómo muchas posibilidades, de las que carecieron las escritoras en la época de Shakespeare, esperan en un tiempo futuro, y se han ido gestando desde el siglo XVIII, comenzando a dar frutos en el XIX, cuando Jane Austen y las hermanas Bronte tomaron en sus manos este género más joven y maleable de la novela. Para finalizar en una supuesta escritora contemporánea, Mary Carmichael, una de las cuatro mujeres ficticias, que, al parecer, proceden de una balada escocesa: *alter ego*, quiero suponer, de la propia Virginia Woolf.

Pero además, en “Una habitación propia” escuchamos su voz, mostrando los medios (una habitación con cerrojo y autonomía económica), animando a sus oyentes a desarrollar el talento; no solamente para escribir novelas o poesía, sino también para investigar sobre la mujer, ganar dinero, vivir una vida propia, aprovechar los logros ya consolidados del acceso al voto femenino, a la educación, o a la profesionalidad, cosa impensable para la mujer en épocas anteriores al siglo XIX.

Por otro lado, es evidente que este libro ha dejado una profunda huella en otros trabajos y vidas posteriores, contribuyendo a la investigación feminista como a la creación, tanto literaria cuanto de artes visuales. De manera que muchas observaciones de historiadoras del arte feminista, desde Ann Sutherland Harris y Linda Nochlin (“Mujeres artistas: 1550-1950”) a Whitney Chadwick (“Mujer, Arte y Sociedad”), Frances Borzello (“Mujeres Frente al Espejo: una historia del autorretrato femenino”), etc., han contado con unas pautas de análisis, con un modelo para desarrollar sus trabajos. Incluso posiblemente la propia Lucy Lippard y su temprana apuesta por el elemento “raro” de artistas como Eva Hesse o Louise Bourgeois, que elaboraron sus esculturas sugeridoras de tareas del mundo femenino. O el pionero artículo de Linda Nochlin “¿Porqué no ha habido grandes mujeres artistas?”

Artistas como Meret Oppenheim y Cindy Sherman o escritoras como Simone de Beauvoir, que han realizado a su vez espléndidas aportaciones, muestran numerosas coincidencias, ya sea en su interpretación, por ejemplo, de lo que supone realizar obras con un lenguaje femenino -es decir, propio- (*Mary Carmichael escribía como una mujer que ha olvidado serlo*), o sobre el problema de carecer de una tradición, o la necesidad de abordar aquellos medios (fotografía) que no estaban totalmente conformados por la tradición masculina. En ese sentido, estoy también de acuerdo con la afirmación de Francisco Fuster García (2012), cuando señala que *el feminismo ha encontrado en él una fuente para la inspiración y para la elaboración teórica*.

El texto, como es sabido, surgió a partir de unas conferencias sobre “La mujer y la novela”, para estudiantes de dos colegios femeninos de Cambridge, Newham y Odtaa en Girton. Si bien Virginia Woolf no había logrado estudiar una carrera universitaria en Cambridge, había sido, junto con su hermana la pintora Vanessa Bell, figura nuclear del Grupo Bloomsbury; poseía y trabajaba una editorial comprada junto con su marido Leonard Woolf (*Hogarth Press*), en que editaron, además de sus propios escritos, un considerable número de obras representativas del siglo XX, donde abundan escritoras, como Vita Shakesville (protagonista de “Orlando: una biografía”, y con quien Virginia mantuvo una relación amorosa), Willa Muir, estudiosa de la situación de la mujer en Escocia, Nancy Cunard, Katherine Mansfield, Gertrude Stein... *Hogarth Press* suponía poder escribir libremente, pero también publicar los excelentes trabajos del grupo: Roger Fry, Clive Bell, John M. Keynes... Junto con las ilustraciones de Vanessa Bell. Poetas (T.S. Eliot), psicoanalistas (Sigmund Freud), novelistas (Tolstoi), libros de viajes... Todo un mundo de saberes había sido seleccionado por el matrimonio Woolf, que sin duda enriqueció, no sin un gran esfuerzo, el conocimiento de la escritora. Pero como nadie es perfecto, “Ulises”, de James Joyce, fue rechazado por Virginia.

No encuentro entre estas publicaciones de *Hogarth Press* “Vindicación de los derechos de la Mujer” (1792), de Mary Wollstonecraft, que se ha señalado como una de las fuentes para la elaboración de “Una habitación propia”. Por mi parte, veo una estrecha relación entre la reivindicación donde Mary Wollstonecraft señala que la mujer debe dejar de ser *el sexo protegido por sus virtudes negativas* y la exhortación de Virginia Woolf a sus oyentes a que reconozcan que están solas, que el brazo al que quieren aferrarse no es real. Aparte, por supuesto, de que ambas revisaron y desvelaron, como el feminismo ha continuado haciendo a manera de higiénica operación deconstructiva, buena parte del pensamiento patriarcal-misógino cultivado por hombres importantes.

Center for Basque Studies, Reno, 2013.